



La corona angélica

SHALOM

© Editrice Shalom - 19.03.2020 San José
© Libreria Editrice Vaticana (textos de los Sumos Pontífices)
© 2008 Fundación religiosa «Santi Francesco d' Assisi
e Caterina da Siena»

ISBN 978 88 8404 651 2

Para pedir este libro indíquese el código 8214



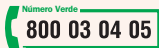
SHALOM

editrice

Via Galvani, 1
60020 Camerata Picena (AN)

Tel. 0039 (0)71 74 50 440

de lunes a viernes, desde las 9:00 hasta las 19:00
sábado desde las 9:00 hasta las 17:00



solo para pedidos

Fax 0039 (0)71 74 50 140

a cualquier hora del día y de la noche.

ordina@editriceshalom.it

www.editriceshalom.it

ÍNDICE

<i>Discurso de san Juan Pablo II en Monte Sant'Angelo, 24 de mayo de 1987</i>	5
Origen de la corona angélica	11
Cómo se reza la corona angélica	13
Otras oraciones	23
Letanías al arcángel san Miguel	23
Invocación al arcángel san Miguel	27
Acto de consagración al arcángel san Miguel	28



Discurso de san Juan Pablo II en Monte Sant'Angelo, 24 de mayo de 1987

¡Queridísimos hermanos y hermanas!

Me alegra encontrarme entre vosotros a la sombra de este Santuario del Arcángel San Miguel que, desde hace quince siglos, es meta de peregrinaciones y punto de referencia para quienes buscan a Dios y quieren seguir a Cristo, por medio del cual «fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades» (Col 1,16).

Desde que el papa Gelasio I concediese, en el año 493, su consentimiento para la dedicación de la gruta de las apariciones del Arcángel San Miguel como lugar de culto y la visitara por primera vez, concediendo la indulgencia del «Perdón angélico», una serie de Romanos Pontífices siguió sus pasos para venerar este lugar sagrado. Son también muchos los santos que han venido aquí para obtener fuerza y consuelo.

Entre estas visitas es célebre, y sigue viva todavía, la realizada por san Francisco de Asís,

que vino aquí como preparación para la Cuaresma de 1221. La tradición dice que él, considerándose indigno de entrar en la gruta, se detuvo en la entrada, dibujando el signo de la cruz en una piedra.

Esta viva y jamás interrumpida llegada de peregrinos ilustres y humildes que, desde el alto Medievo hasta nuestros días, ha hecho de este santuario un lugar de encuentro, de oración y de reafirmación en la fe cristiana, demuestra cómo la figura del Arcángel Miguel, que es protagonista en muchas páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, es querida e invocada por el pueblo y cuánto necesita la Iglesia de su celestial protección; de él, que es presentado en la Biblia como el gran luchador contra el Dragón, el jefe de los demonios. Leemos en el Apocalipsis: «Y hubo un combate en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó lugar para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fue precipitado a la tierra y sus ángeles fueron pre-

citados con él» (Ap 12,7-9). El autor sagrado nos presenta en esta dramática descripción la caída del primer Ángel, que fue seducido por la ambición de llegar a ser «como Dios». De aquí la reacción del Arcángel Miguel, cuyo nombre hebreo (Quién como Dios) reivindica la unicidad de Dios y su inviolabilidad.

Aunque fragmentarias, las noticias de la Revelación sobre la personalidad y papel de San Miguel son muy elocuentes. Él es el Arcángel (cfr. Jds 1,9) que reivindica los derechos inalienables de Dios. Es uno de los príncipes del cielo elegido para la custodia del Pueblo de Dios (Dan 12,1), de quien nacerá el Salvador. Ahora el nuevo pueblo de Dios es la Iglesia. Esta es la razón por la que la Iglesia lo considera como su propio protector y sostén en todas sus luchas por la defensa y difusión del reino de Dios sobre la tierra. Es verdad que «las puertas del infierno no prevalecerán», según asegura el Señor (Mt 16,18), pero esto no significa que estemos exentos de pruebas y batallas contra las insidias del maligno. En esta lucha, el Arcángel Miguel está junto a la Iglesia para defenderla contras todas

las maldades del siglo, para ayudar a los creyentes a resistir al Demonio que «como león rugiente busca a quien devorar» (1Pe 5,8).

Esta lucha contra el Demonio, en la que se destaca la figura del Arcángel Miguel, sigue siendo actual, porque el Demonio sigue vivo y operante en el mundo. De hecho, el mal está en él, el desorden que existe en la sociedad, la incoherencia del hombre, la fractura interior de la que es víctima no son solo las consecuencias del pecado original, sino también efecto de la acción infesta y oscura de Satanás, de este insidiador del equilibrio moral del hombre, a quien san Pablo no deja de llamar «el dios de este mundo» (2Cor 4,4), en cuanto que se manifiesta como encantador astuto, que sabe insinuarse en el juego de nuestro obrar para introducir desviaciones muy nocivas, conformes en apariencia a nuestras aspiraciones innatas. Por eso, el Apóstol de las Gentes pone a los cristianos en guardia contra las insidias del Demonio y de sus innumerables satélites cuando exhorta a los habitantes de Éfeso a revestirse «la armadura de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no

es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6,11-12).

A esta lucha nos llama la figura del Arcángel San Miguel, a quien la Iglesia tanto de Oriente como de Occidente no ha dejado nunca de rendir un culto especial. Como es bien sabido, el primer santuario dedicado a él surgió en Constantinopla, por obra de Constantino: es el célebre Michaëlion, a quien siguieron en la nueva capital del Imperio numerosas iglesias dedicadas al Arcángel. En Occidente el culto a San Miguel, desde el siglo V, se difundió por muchas ciudades como Roma, Milán, Piacenza, Génova y Venecia; y entre todos los lugares de culto, ciertamente el más famoso es este del monte Gargano. El Arcángel está representado sobre la puerta de bronce, fundida en Constantinopla en 1076, en el acto de abatir al infernal Dragón. Este es el símbolo con el que el arte nos lo representa y la liturgia nos invita a invocarle.

Joannes Paulus n. II